

## REVISIÓN

# INTERACCIÓN NO-VERBAL TEMPRANA Y DEFENSAS NO-VERBALES RELACIONALES IMPLÍCITAS

(Rev GPU 2008; 4; 3: 331-338)

André Sassenfeld<sup>1</sup>

**En este trabajo se plantean algunos aspectos fundamentales del papel de la comunicación no-verbal en el desarrollo temprano de la interacción infante-cuidador. Se enfatiza la naturaleza en gran medida implícita de estos procesos interactivos y el hecho de que son internalizados en la nascente psique del infante en términos de representaciones procedurales implícitas. En este contexto se formula el concepto de defensas no-verbales relacionales implícitas, que pueden ser entendidas como los procesos defensivos más tempranos a los cuales el niño recurre. Dada su pertenencia al denominado conocimiento relacional implícito, los procesos defensivos en cuestión se manifiestan de manera corporal-relacional en el marco de las interacciones con otros.**

En la primera infancia el recurso comunicativo del lenguaje verbal no está plenamente disponible durante los primeros años de vida del infante. La teoría del apego ha mostrado que en este periodo del desarrollo humano la expresión emocional del infante cumple una función comunicativa fundamental cuya efectividad, en términos de la evolución de la especie, aumenta de forma significativa sus posibilidades de supervivencia. Desde este punto de vista, tanto la satisfacción de las necesidades del infante como “la articulación de la experiencia afectiva del niño se logra[n] mediante entonamientos comunicados en el diálogo sensoriomotriz con los cuidadores” (Stolorow, 2002, p. 682). En otras palabras, los procesos expresivos no-verbales están entrelazados de manera primordial en

los intercambios tempranos entre infante y cuidador primario, intercambios que representan el contexto y que facilitan el desarrollo de la personalidad del niño. Sossin y Birklein (2006) consideran que las conductas no-verbales actúan como conductos principales de transmisión emocional en el diálogo cuidador-infante. Y, de hecho, más allá del contacto físico, el lenguaje del movimiento parece ser el primer lenguaje a través del cual el infante construye el contacto con su figura de apego y con el entorno (Trautmann-Voigt & Voigt, 1998). Frente a este trasfondo, en este trabajo dedicaremos nuestra atención a la comprensión del rol de la dimensión no-verbal en el desarrollo temprano.

A partir de la década de 1970 los investigadores de las interacciones infante-cuidador desarrollaron la

<sup>1</sup> Psicólogo clínico. Docente U. de Chile, U. del Pacífico y U. del Desarrollo. Contacto: asjorquera@hotmail.com, www.sassenfeld.cl

denominada metodología microanalítica, que consiste a grandes rasgos en un minucioso análisis escena a escena de filmaciones de los encuentros entre niños pequeños y sus figuras de apego y que revela los micro-eventos que constituyen la complejidad de los fenómenos interactivos implícitos (BCPSG, 2002). La finalidad de esta metodología es poder estudiar los detalles más sutiles de estos intercambios que la percepción consciente tiende a pasar por alto debido a la inmediatez con la que se producen. Su aplicación rigurosa proporcionó gran parte de la evidencia empírica de la denominada intersubjetividad primaria por medio de la comprensión de cómo el infante mueve su cuerpo expresivamente de forma contingente en respuesta a las expresiones no-verbales del cuidador (Trevarthen & Aitken, 2001). El procesamiento implícito no consciente y no-verbal es predominante en los primeros años de vida en el funcionamiento del infante y, por otro lado, los procesos implícitos resultan de fundamental importancia en las transacciones afectivas que el infante establece con adultos. En consecuencia, la dimensión no-verbal de expresiones corporales –que está estrechamente vinculada con la dimensión implícita– ha pasado a ser un foco central de los investigadores. En lo que sigue examinaremos algunos de sus hallazgos más relevantes en torno a la interacción temprana y, más allá, acerca del origen relacional implícito de lo que llamaremos las defensas no-verbales somáticas.

### DIMENSIÓN NO-VERBAL E INTERACCIÓN TEMPRANA

Se ha demostrado experimentalmente que un recién nacido es sensible a expresiones emocionales relacionadas con movimientos del cuerpo, contacto físico directo, voz y movimientos del rostro, e incluso el feto percibe las expresiones vocales rítmicas que manifiestan los estados afectivos y las intenciones de su madre (Trevarthen & Aitken, 2001). A las pocas horas del nacimiento el niño es capaz de reconocer el rostro de su madre ayudado por su tendencia intersubjetiva innata a interesarse por las interacciones humanas y los sentimientos que yacen detrás de las expresiones no-verbales de otros individuos. Asimismo, el infante tiene una capacidad importante de discriminación de las características sutiles de las inflexiones de voz de su madre. Siguiendo a Trevarthen (2001), ya a las seis semanas de edad un infante puede involucrarse en un intercambio recíproco de estados emocionales e intencionales mediado por expresiones no-verbales sutiles y a los dos meses de edad pone de manifiesto una gran sensibili-

dad en relación con el timing y la emocionalidad de las expresiones comunicativas de su cuidador.

En este contexto, el cuidador primario y el infante pasan gran parte de su tiempo compartido inmersos en la regulación mutua activa y continua del estado interno de ambos participantes al servicio de algún objetivo dado (p. ej., alimentación, juego, comunicación, tranquilización, etc.) (Lecannelier, 2006; Stern *et al.*, 1998). En este proceso regulatorio mutuo basal que confiere continuidad y coherencia creciente a las interacciones iniciales, de modo similar a lo que ocurre en la interacción entre adultos, tanto el infante como el cuidador tienen metas intersubjetivas relacionadas con la situación presente. El proceso de manifestación de las intenciones intersubjetivas en la interacción se apoya, siguiendo a Tronick (1998), en el hecho de que cada “participante, infante y adulto, señala su evaluación del estado de la interacción por medio de sus configuraciones afectivas” (p. 294), dando cuenta de su experiencia particular del calce entre los afectos y las intenciones vinculares de ambos a través de movidas relacionales implícitas que introducen posibles direcciones hacia las cuales puede encaminarse la interacción. Así, el self naciente comunica activamente en términos expresivos corporales sus estados subjetivos con el objetivo de establecer una regulación emocional y relacional mutua favorable a la satisfacción de sus necesidades (Beebe & Lachmann, 2002; Schore, 2005b, 2006; Trevarthen & Aitken, 2001).

En este contexto, puede afirmarse que el diálogo afectivo característico de las interacciones entre un infante y sus cuidadores es, en esencia, un diálogo inter-somático recíproco que involucra principalmente procesos corporales comunicativos como gestos, vocalizaciones, movimientos y expresiones emocionales no conscientes (Beebe & Lachmann, 2002; Geissler, 2001a; Pally, 2001; Schore, 2003a, 2003b, 2005b; Trevarthen & Aitken, 2001). Trevarthen y Aitken (2001) describen, desde esta perspectiva, la existencia de “proto-diálogos” tempranos entre el infante y su figura de apego, correspondientes a un discurso no-verbal regulado por afectos relacionales dinámicos. Estos proto-diálogos se basan en mensajes visuales, gestos táctiles y corporales y vocalizaciones prosódicas y deben ser entendidos como comunicaciones emocionales bi-direccionales. En cuanto tales, implican la capacidad de ambos participantes para enviar y, en especial, para decodificar y reconocer el significado de los mensajes no-verbales del otro. En términos amplios, estos procesos relacionales conforman el marco dentro del cual se pueden llevar a cabo tareas evolutivas básicas como la regulación de los estados emocionales del infante y la adquisición de estrategias regulatorias eficaces por parte de éste, o el

aprendizaje de patrones interactivos sanos y su codificación en la memoria relacional implícita.

Las conductas corporales de expresión afectiva apuntan a regular e informar al cuidador en el nivel implícito para ayudarlo a cumplir las metas del infante (y, en medida creciente, también viceversa). La comunicación no-verbal de los afectos porta información significativa sobre los estados emocionales de ambos y, por lo tanto, las comunicaciones afectivas del infante y del cuidador efectivamente modifican la experiencia emocional y la conducta del otro (Trevvarthen & Aitken, 2001; Tronick, 1989). Desde este punto de vista, el infante implícitamente procesa de forma continua información respecto de sus propias intenciones en relación con las intenciones del otro y, por otro lado, la regulación diádica se fundamenta en micro-intercambios de información a través de los sistemas perceptuales de los dos participantes. Tal como señala Panksepp (2001), el aparato cognitivo-afectivo-perceptual del infante está altamente sintonizado con “gestos no-verbales, expresiones faciales y tonos de voz, permitiendo resonancias intersubjetivas tempranas [...]” (p. 148) y algo parecido ocurre con el aparato cognitivo-afectivo-perceptual del cuidador. De este modo, tanto el niño como la figura de apego actúan de manera constante comunicando intenciones y, al mismo tiempo, infieren las intenciones del otro mediante una especie de “lectura corporal implícita” (Sassenfeld, 2006) recíproca –esto es, mediante una aprehensión implícita del significado relacional de las expresiones afectivas somáticas del otro.

Como se desprende de las consideraciones antecedentes, los investigadores de infantes han formulado modelos bi-direccionales dinámicos de regulación emocional y relacional mutua basados en la teoría de sistemas para dar cuenta de la enorme complejidad y sutileza que la metodología microanalítica pone al descubierto en los procesos interactivos tempranos. Ahora bien, aunque se trata de modelos bi-direccionales, es evidente que en muchos sentidos las respuestas del cuidador primario portan una mayor relevancia relativa desde el punto de vista de las necesidades del infante ya que este último no dispone de las habilidades necesarias para sostenerse a sí mismo (Beebe & Lachmann, 2002; Lyons-Ruth, 1999, 2000; Pally, 2001). Es decir, la mutualidad no es igualitaria y simétrica, teniendo las contribuciones de ambos características diferenciales. Así, por ejemplo, en los primeros años de vida la exactitud del reconocimiento que el cuidador logra en términos implícitos de las intenciones y estados emocionales que el infante implícitamente expresa como propios promueve el desarrollo de una auto-percepción más

aguda y exacta en el niño (Lyons-Ruth, 2000). En este sentido, muchas de las coordinaciones relacionales recíprocas que la diada construye a raíz del reconocimiento de las intenciones y afectos en las claves expresivas del niño por parte de la figura de apego pueden describirse en términos de calces intersubjetivos no-verbales en los intercambios emocionales comunicativos. Por otro lado, el supuesto de que los intercambios tempranos son en esencia bi-direccionales y recíprocos implica la idea de una intersubjetividad primaria –la idea de que los infantes poseen una apreciación activa e inmediatamente responsiva de las intenciones comunicativas del adulto (Trevvarthen & Aitken, 2001).

Tal como estas conceptualizaciones de la investigación contemporánea de infantes muestran, la dimensión no-verbal emocional no sólo tiene importancia en las interacciones tempranas sino que, en realidad, constituye su dimensión central. En efecto, la psicología del desarrollo ha puesto al descubierto que la comunicación no-verbal corporal espontánea es la base elemental de la interacción temprana entre el infante y sus figuras de apego y de la intersubjetividad infantil (Beebe *et al.*, 2005; Geissler, 2001a; Schore, 2003a). Sabemos que los componentes necesarios para la comunicación no-verbal se desarrollan en el útero y que, a partir del segundo trimestre, “el feto lleva a cabo los movimientos coordinados específicos que empleará con la finalidad de implicarse con los cuidadores al nacer, tales como las expresiones faciales” (Pally, 2001, p. 81). Trevvarthen (2001) señala que el recién nacido es capaz de hacer uso de todos sus sentidos, aunque de algunos más efectivamente que de otros, con el fin de percibir las manifestaciones de las intenciones de los adultos en los movimientos de sus cuerpos. De esta manera, desde el momento del nacimiento y a menudo aún antes, la madre y el niño están implicados en patrones distintivos de interacción no-verbal, involucrando los sistemas olfativo, gustativo, táctil, auditivo, visual y motor.

Los investigadores han estudiado, además, con detención los procesos de internalización o representación que el infante lleva a cabo en sus primeros años de vida. Han observado que, a poco andar, el infante interactúa con su cuidador sobre la base de una gran cantidad de conocimiento relacional implícito. Sus movidas relacionales están guiadas por anticipaciones y expectativas y se sorprende o altera cuando éstas no se cumplen. Así, el conocimiento implícito “es registrado en representaciones de eventos interpersonales en una forma no-simbólica, comenzando en el primer año de vida” (Stern *et al.*, 1998, p. 905). En particular, a raíz de la observación de que determinados patrones de

interacción empiezan a generalizarse, los estudios han puesto al descubierto que los infantes se representan patrones interactivos implícitos que regulan los afectos de ambos y que regulan la negociación de sus respectivas intenciones relacionales (Beebe *et al.*, 2005; Beebe & Lachmann, 2002; Schore, 2003a, 2003b). Dos ejemplos prototípicos de tales patrones regulatorios diádicos son los procesos relacionales de coordinación entre los afectos y las intenciones de ambos y, por otro lado, las secuencias relacionales de interrupción-reparación, en las que los inevitables episodios de desencuentro intersubjetivo son en un segundo momento reparados para volver a establecer un estado de coordinación emocional. Trevarthen (2001) y otros investigadores piensan que, desde esta perspectiva, puede considerarse que el desarrollo de la mente humana comienza con la anticipación de intenciones y afectos compartidos a través del espejeamiento rítmico de movimientos corporales expresivos.

En los procesos de representación de los patrones interactivos implícitos las experiencias de calce afectivo no-verbal y de reparación no-verbal de interrupciones relacionales que el infante atraviesa en la interacción con su figura de apego dan lugar a la representación implícita de que los conflictos vinculares son reparables, y a expectativas implícitas de poder entender al otro y de ser comprendido por él. Tales representaciones relacionales implícitas óptimas son coherentes, flexibles y abiertas a experiencias nuevas y surgen en el marco de una modalidad del diálogo temprano que Lyons-Ruth (1999) llama diálogo abierto o coherente, una modalidad de interacción inclusiva caracterizada por la apertura sistemática del cuidador al rango completo de las comunicaciones afectivas del niño. Lo que se requiere del cuidador es, en particular, “un intento continuado de captar la realidad subjetiva actual del infante (estado afectivo, meta actual deseada y nivel de comprensión) y un intento de idear una respuesta que reconoce y comenta o elabora ese estado [...]” (p. 583). De este modo, todos los aspectos de la realidad subjetiva del infante pueden potencialmente ser integrados en el intercambio relacional y, por ende, simbolizados en momentos evolutivos posteriores. Así, el diálogo coherente es colaborativo y gira en torno a la posibilidad de conocer el estado interno del otro y de tomarlo en consideración a la hora de regular y construir las interacciones. En los desvíos psicopatológicos del desarrollo, en cambio, el infante se representa la dificultad o imposibilidad de reparar y adquiere expectativas de incompreensión de sus intenciones y dis-regulación de sus estados afectivos, procesos cuyo contexto interactivo examinamos en la próxima sección con mayor detalle.

## INTERACCIÓN TEMPRANA Y DEFENSAS RELACIONALES NO-VERBALES IMPLÍCITAS

La investigación de infantes ha dado fundamentos empíricos y clínicos al supuesto de que, por un lado, los orígenes de la subjetividad son de naturaleza relacional y, por otro lado, de que lo que el niño internaliza o representa en especial durante los primeros dos años de vida son fundamentalmente patrones interactivos implícitos. Por lo tanto, puesto que puede considerarse que estos procesos tempranos no sólo subyacen al desarrollo óptimo sino también a la construcción de estrategias o mecanismos defensivos por parte del individuo, puede suponerse que las defensas guardan una relación estrecha con la dimensión implícita relacional y, por ende, con la dimensión vincular de los intercambios no-verbales somáticos. Desde esta perspectiva, surge una concepción de los procesos defensivos como defensas no-verbales implícitas vinculadas con las vicisitudes emocionales de las interacciones tempranas. En otras palabras, al menos el origen de las defensas puede ser localizado en las formas sub-óptimas que el intercambio comunicativo cuidador-infante, mediado principalmente por los fenómenos pertenecientes a la dimensión somática relacional, adopta (BCPSG, 2007; Lyons-Ruth, 1999). Se trata, en consecuencia, de defensas corporales que se estructuran originalmente en la vinculación con otros. Esto significa que el estudio de los fenómenos interactivos implícitos no-verbales conduce a una concepción relacional de la psicopatología y se aleja de una concepción unipersonal intrapsíquica de las defensas.

Utilizando el paradigma experimental de la situación extraña, los investigadores del apego han sistematizado varios patrones definidos de apego inseguro que incluyen respectivamente un conjunto específico de conductas no-verbales prototípicas empleadas por el niño con fines defensivos. La inhibición de la búsqueda de la figura de apego frente a situaciones estresantes, característica de infantes con un apego evitativo, es un ejemplo de ello debido a que puede suponerse que el niño ha aprendido en el nivel implícito que buscar consuelo en el cuidador probablemente suscitará reacciones de incomodidad o rechazo y se comporta en función de esa expectativa relacional (BCPSG, 2007). Desde esta perspectiva, los procesos de regulación afectiva en los intercambios comunicativos tempranos son procesos de carácter bi-direccional, en los cuales también el niño lee en términos implícitos las intenciones y los afectos de su figura de apego y busca maneras de manejar los estados emocionales y deseos de los cuidadores. Con esta finalidad, el infante desarrolla lo

que Geissler (2001a) denomina estrategias corporales interactivas cuyo objetivo central es regular los estados emocionales y las necesidades de los padres. En lo esencial, las estrategias corporales interactivas corresponden a formas de organizar y mover el propio cuerpo con el fin de prepararlo para determinadas acciones a través de la adopción de ciertas actitudes somáticas y movimientos. Pueden incluir, asimismo, cambios respiratorios y posturales sutiles y micro-movimientos. Retomando un concepto formulado originalmente por Reich, Geissler las entiende como defensas somáticas procedurales que no son conscientes pero que no son inconscientes en el sentido de que han sido excluidos defensivamente de la conciencia.

Shahar-Levy (2001) ha mostrado que el sistema motor retiene especialmente en los primeros años de vida improntas emocionales mediante la codificación de contornos de tensión y patrones de movilidad. Esta memoria sensoriomotriz temprana es responsable de que, por debajo de “todos los niveles funcionales de comportamiento, nuestro cuerpo porte núcleos subconscientes condensados de actitudes emotivas y reacciones motoras relacionadas” (p. 381). Shahar-Levy destaca que, para el infante, los movimientos corporales siempre están conectados con estados afectivos y relacionales, de manera que la memoria sensoriomotriz habitualmente está ligada con afectos. Desde un punto de vista similar al de Shahar-Levy, Reich (1942, 1945 [1933]) describió numerosos aspectos somáticos de los mecanismos defensivos y puso al descubierto la función defensiva de muchas conductas no-verbales. En la actualidad los investigadores de infantes han descrito en especial la función auto-regulatoria de la expresión no-verbal del niño, como cuando el infante quita la mirada y de este modo regula la intensidad de su experiencia emocional. Desde esta perspectiva, las defensas no-verbales cumplen funciones de regulación afectiva para el individuo (Sassenfeld, 2007). De modo interesante, Reich enfatizó la restricción de la movilidad corporal-emocional expresiva que la aparición de tensiones musculares crónicas y un constreñimiento crónico de la respiración provocan en el organismo<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> En la actualidad, ideas como las de Reich son ampliamente aceptadas y a menudo entendidas desde la perspectiva de las reacciones defensivas de congelamiento, lucha o huida que los mamíferos experimentan cuando se ven enfrentados a estímulos o situaciones amenazantes (Porges, 2004). Sin embargo, en la época en la que Reich desarrolló estos conceptos y los integró en su trabajo psicoterapéutico fue duramente criticado.

Con ello, subrayó un aspecto –la expresividad emocional corporal– que ha vuelto a ser estudiado con detalle en especial en las interacciones entre infantes y madres deprimidas.

Más allá, Reich (1949) advirtió el impacto orgánico vivenciado como negativo que la percepción de las expresiones afectivas restringidas de un individuo causan en otro individuo con una movilidad expresiva más móvil y libre. Sus descripciones son, en realidad, un antecedente histórico de algunas de las reacciones que los infantes experimentan en el llamado paradigma experimental del rostro inexpresivo utilizado por Tronick y otros (Lecannelier, 2006) y que además tienen relevancia en las interacciones de infantes y madres deprimidas. En el paradigma experimental del rostro inexpresivo, en un primer momento los infantes reaccionan con intentos de reanimar y después con protesta y manifestaciones de molestia frente a un cuidador significativo que mantiene su rostro inexpresivo durante la interacción, quedando al descubierto su capacidad para reconocer de modo implícito la presencia o ausencia de respuestas emocionales contingentes por parte del otro. En un segundo momento, el infante entra en un estado deprimido y plano. Una vez que el cuidador retoma su expresividad espontánea, el infante se muestra en un inicio desconfiado y requiere un tiempo para volver al diálogo confiado con el otro. Reich reconoció los orígenes relacionales de las defensas somáticas afirmando la naturaleza primaria del conflicto entre las necesidades del infante y las demandas del mundo externo representado por los padres, y la consiguiente naturaleza secundaria del conflicto entre fuerzas interiores que sigue a la internalización de las fuerzas represivas exteriores. Sin embargo, no tomó mayormente en consideración la función relacional de las defensas somáticas en las interacciones entre adultos.

Downing (1996, 2006), por su parte, ha descrito ciertos elementos fundamentales en la constitución del self que llama esquemas afectivo-motores. Estos esquemas se forman en el transcurso de la interacción emocional temprana y contienen determinados movimientos y gestos corporales que a menudo están acompañados de una cierta coloración afectiva (p. ej., movimientos de auto-afirmación muchas veces traen consigo estados afectivos de agresión), debido a lo cual Downing también los denomina micro-prácticas corporales. Es de importancia señalar que Downing entiende estos esquemas como “convicciones motoras” –esto es, “como expectativas respecto del entorno que se constituyen por experiencias repetidas debidas a procesos de aprendizaje y que son traídas a la interacción interper-

sonal" (Geissler, 2001b, p. 141) junto a sus tonalidades emocionales acompañantes. Las convicciones motoras o expectativas relacionales encarnadas conceptualizadas por Downing determinan las experiencias vinculares del individuo desde su primera adquisición en adelante. Conforman una especie de "conocimiento de acción" que no involucra una elaboración cognitiva y verbal —es de carácter implícito— y que está compuesto por hábitos afectivo-motores automatizados y en gran parte inconscientes (Downing, 2006; Geissler, 2001a, 2001b). Por supuesto, muchos esquemas afectivo-motores codifican expectativas relacionales motrices teñidas por las omisiones, distorsiones e incoherencias defensivas de muchos intercambios emocionales tempranos. Dicho de otro modo, muchos de estos esquemas conforman mecanismos somáticos interactivos de defensa que actúan en el nivel implícito.

Dadas sus características inherentes, los procesos relacionales tempranos son de por sí conflictivos e implican tensión ya que la negociación recíproca del calce de las intenciones y estados afectivos de ambos trae necesariamente consigo momentos de disrupción. En sí mismas, las experiencias de conflicto y tensión no son psicopatogénicas sino eventos normales en el desarrollo humano que contribuyen a desarrollar la tolerancia del infante frente a la frustración y a los desencuentros vinculares; sin embargo, se pueden convertir en patogénicas cuando existen dificultades crónicas significativas en torno a su resolución o reparación y una concomitante dis-regulación afectiva del infante que no es regulada de modo interactivo por parte del cuidador (Lecannelier, 2006; Sassenfeld, 2007; Schore, 2003a, 2003b; Tronick, 1989). Lyons-Ruth (1999) afirma que los modelos implícitos diádicos que al mismo tiempo emergen en y guían el diálogo emocional infante-cuidador pueden exhibir diferentes tipos de omisiones, distorsiones o incoherencias ligadas con la construcción de formas implícitas sub-óptimas de vinculación en base al conocimiento relacional implícito histórico del cuidador primario. Estos hallazgos apuntan a las dificultades del cuidador "a la hora de atender y equilibrar las iniciativas del infante en relación con las propias, con el consecuente colapso del espacio inter-subjetivo de manera que sólo la realidad subjetiva de uno de ellos es reconocida" (p. 593).

Tales dificultades pueden estar vinculadas con el descubrimiento de que los estados de estrés en el cuidador tienden a traer consigo déficit en su capacidad de procesamiento y reconocimiento de las claves afectivas corporales del infante y, por consiguiente, de su capacidad de responsividad emocional (Blunt, 2005; Sossin & Birklein, 2006). "Al afectar tanto gestos y posturas

como características faciales, vocales y rítmicas, parece probable que el estrés tenga una influencia significativa (y, con una mayor severidad, negativa) sobre los aspectos implícitos de la interacción y comunicación" (Sossin & Birklein, 2006, p. 51). Con mayor especificidad, puede afirmarse que los déficit combinados en los procesos de codificación y decodificación inherentes a la comunicación no-verbal son reflejo de características parentales asociadas al desarrollo de un apego inseguro tales como insensibilidad y falta de responsividad (Blunt, 2005). Estas dificultades del cuidador dejan fuera del intercambio afectivo aspectos fundamentales de la realidad subjetiva del infante —intenciones y estados emocionales— y, por lo tanto, las expresiones no-verbales concomitantes comienzan a sufrir distorsiones o inhibiciones. De manera circular, los cuidadores con altos niveles de estrés tienden a percibir que sus infantes son más difíciles de "leer" y, desde un punto de vista externo, efectivamente dan la impresión de ser menos responsivos y expresivos. Es decir, su repertorio de expresión corporal sufre una importante reducción o distorsión.

En este sentido, el conocimiento relacional implícito es especialmente vulnerable a procesos defensivos de omisión, distorsión o incoherencia en función de la ausencia de relaciones colaborativas en el seno de las cuales articular e integrar afectos, intenciones y formas de vinculación diádica. Así, "las disrupciones o desequilibrios en las transacciones interpersonales son en un inicio isomórficas con las discontinuidades o inadecuaciones en los procedimientos relacionales y están asociadas con conflictos experimentados en torno a la frustración de metas centrales" (Lyons-Ruth, 1999, p. 607). En esta circunstancia, el infante representará en términos implícitos afectos negativos y/o dis-regulados en conexión con la frustración de tales metas o intenciones y, de modo simultáneo, los afectos negativos del cuidador en relación con la búsqueda de satisfacción de las metas involucradas. "Estos puntos de conflicto irresuelto son internalizados como discontinuidades en los procedimientos implícitos, discontinuidades muchas veces marcadas por intensas emociones conflictuadas" (p. 607). Es decir, mucho antes de la posibilidad del pensamiento simbólico, el conocimiento relacional implícito del infante incluye indicadores no-verbales de conflicto y defensa que están ligados con restricciones o distorsiones particulares en el diálogo afectivo temprano.

En términos de la dimensión no-verbal, esto significa que el infante incorporará omisiones, distorsiones o incoherencias en las expresiones corporales que acompañan la manifestación de sus intenciones

y afectos, originando estrategias corporales interactivas defensivas. Con el tiempo, estas estrategias cristalizarán en esquemas afectivo-motores con orígenes vinculares defensivos. Estos esquemas corresponden a defensas somáticas relacionales implícitas tempranas cuya existencia, al igual que la de otros aspectos del conocimiento relacional implícito, de distintas formas se prolonga hasta la adultez. Dada la naturaleza de las "reglas" interactivas codificadas en el conocimiento relacional implícito que establecen la exclusión de determinados afectos e intenciones y que permiten la expresión de determinados afectos e intenciones pero de forma defensiva, la expresión somática de ciertas intencionalidades relacionales será inhibida, fraccionada o mostrará rasgos contradictorios (Sassenfeld, 2006).

### COMENTARIOS FINALES

En este trabajo hemos examinado la dimensión no-verbal en relación con las interacciones entre el infante y su figura de apego y, más allá, hemos descrito el concepto de las defensas relacionales no-verbales implícitas que son el resultado de intercambios emocionales tempranos marcados por el establecimiento de sistemas parciales de "reglas" interactivas implícitas. Estas defensas involucran la inhibición y/o distorsión de los movimientos expresivos corporales que acompañan la manifestación de intenciones y estados emocionales en los proto-diálogos diádicos. Hemos buscado contribuir, con ello, al desarrollo de una comprensión contemporánea de la dimensión no-verbal implícita característica del proto-diálogo temprano entre cuidador e infante y, más allá, presente en toda transacción interpersonal. Dado que las defensas descritas se mantienen como parte significativa del funcionamiento del individuo adulto, los conceptos formulados en este trabajo traen consigo implicancias fundamentales para el abordaje clínico relacional de la psicoterapia de adultos. Algunas de estas implicancias han comenzado a ser exploradas en otro trabajo reciente (Sassenfeld, 2008).

### REFERENCIAS

1. BCPSG (Boston Change Process Study Group). Explicating the implicit: The local level and the microprocess of change in the analytic situation. *International Journal of Psychoanalysis* 2002; 83: 1051-1062
2. BCPSG (Boston Change Process Study Group). The "something more" than interpretation revisited: Sloppiness and co-creativity in the psychoanalytic encounter. *Journal of the American Psychoanalytic Association* 2005; 53 (3): 693-729
3. BCPSG (Boston Change Process Study Group). The foundational level of psychodynamic meaning: Implicit process in relation to

conflict, defense, and the dynamic unconscious. *International Journal of Psychoanalysis* 2007; 88: 1-16

4. Beebe B, Knoblauch S, Rustin J, Sorter D. *Forms of Intersubjectivity in Infant Research and Adult Treatment*, Other Press, New York, 2005
5. Beebe B, Lachmann F. *Säuglingsforschung und die Psychotherapie Erwachsener*, Klett-Cotta, Stuttgart, 2002
6. Blunt D. Interdisciplinary insights on nonverbal responses within attachment relationships. *Journal of Nonverbal Behavior* 2005; 29 (3): 177-186
7. Downing G. *Körper und Wort in der Psychotherapie: Leitlinien für die Praxis*, Kösel, München, 1996
8. Downing G. Frühkindlicher Austausch und dessen Beziehung zum Körper. En Marlock G. & Weiss H. *Handbuch der Körperpsychotherapie*. Schattauer, Stuttgart, 2006, pp. 333-350
9. Geissler P. Präverbale Interaktion: Die Videomikroanalyse als Basis für neue körperpsychotherapeutische Konzeptbildungen. *Psychotherapie Forum* 2001a; 9: 99-111
10. Geissler P. Das Konzept der "Körperregression" von George Downing. En Geissler P. *Psychoanalyse und Körper*. Psychosozial-Verlag, Giessen, 2001b, pp. 139-174
11. Lecannelier F. Apego e intersubjetividad: Influencia de los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2006
12. Lyons-Ruth K. The two-person unconscious: Intersubjective dialogue, enactive relational representation, and the emergence of new forms of relational organization. En Aron L. & Harris A. *Relational Psychoanalysis: Innovation and Expansion* (Vol. 2). The Analytic Press, New Jersey, 1999, pp. 311-349
13. Lyons-Ruth K. "I sense that you sense that I sense...": Sander's recognition process and the specificity of relational moves in the psychotherapeutic setting. *Infant Mental Health Journal* 2000; 21: 85-98
14. Pally R. A primary role for nonverbal communication in psychoanalysis. *Psychoanalytic Inquiry* 2001; 21 (1): 71-93
15. Panksepp J. The long-term psychobiological consequences of infant emotions: Prescriptions for the twenty-first century. *Infant Mental Health Journal* 2001; 22 (1-2): 132-173
16. Porges S. Neuroception: A subconscious system for detecting threats and safety. *Zero to Three* 2004; May: 19-24
17. Reich W. *The Function of the Orgasm: Sex-Economic Problems of Biological Energy*, Souvenir Press, London, 1942
18. Reich W. *Análisis del carácter*, Paidós, Barcelona, 1945 [1933]
19. Reich W. *Ether, God, and Devil*, Farrar, Straus & Giroux, New York, 1949
20. Sassenfeld A. Lenguaje corporal e intencionalidad relacional. Ponencia en las VII Jornadas Clínicas de la Clínica de Atención Psicológica (CAPs), Departamento de Psicología, Universidad de Chile, 2006
21. Sassenfeld A. Afecto, regulación afectiva y vínculo: Contornos de una perspectiva relacional sobre el desarrollo del self, la psicopatología y los procesos psicoterapéuticos. Manuscrito inédito, 2007
22. Sassenfeld A. Lenguaje corporal e intencionalidad relacional. *Gaceta de Psiquiatría Universitaria* 2008; 4 (1): 83-92
23. Schore A. *Affect Dysregulation and Disorders of the Self*, W. W. Norton, New York, 2003a
24. Schore A. *Affect Regulation and the Repair of the Self*, W. W. Norton, New York, 2003b
25. Schore A. Psychoanalytic research: Progress and process. Notes from Allan Schore's groups in developmental neuroscience and clinical practice. *Psychologist-Psychoanalyst* 2005a; 25 (4): 18-19
26. Schore A. A neuropsychanalytic viewpoint: Commentary on paper by Steven H. Knoblauch. *Psychoanalytic Dialogues* 2005b; 15 (6): 829-854

27. Schore A. A neuropsychanalytic perspective of development and psychotherapy. *Energy & Character* 2006; 35: 18-30
28. Shahar-Levy Y. The function of the human motor system in processes of storing and retrieving preverbal, primal experience. *Psychoanalytic Inquiry* 2001; 21 (3): 378-393
29. Sossin K, Birklein S. Nonverbal transmission of stress between parent and young child: Considerations and psychotherapeutic implications of a study of affective movement patterns. *Journal of Infant, Child, and Adolescent Psychotherapy* 2006; 5 (1): 46-69
30. Stern D, Sander L, Nahum J, Harrison A, Lyons-Ruth K, Morgan A, Bruschiweiler-Stern N, Tronick E. Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The "something more" than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis* 1998; 79: 903-921
31. Stolorow R. From drive to affectivity: Contextualizing psychological life. *Psychoanalytic Inquiry* 2002; 22 (5): 678-685
32. Trautmann-Voigt S, Voigt B. Zur Rezeption Lichtenbergs und Sterns: Das Unbewußte in der Sprache der Bewegung. En Trautmann-Voigt S. & Voigt B. *Bewegung ins Unbewußte: Beiträge zur Säuglingsforschung und analytischen Körperpsychotherapie*. Brandes & Apsel, Frankfurt am Main, 1998, pp. 129-142
33. Trevarthen C. Intrinsic motives for companionship in understanding: Their origin, development, and significance for infant mental health. *Infant Mental Health Journal* 2001; 22 (1-2): 95-131
34. Trevarthen C, Aitken K. Infant intersubjectivity: Research, theory, and clinical applications. *Journal of Child Psychology and Psychiatry* 2001; 42 (1): 3-48
35. Tronick E. Emotions and emotional communication in infants. *American Psychologist* 1989; 44: 112-119
36. Tronick E. Dyadically expanded states of consciousness and the process of therapeutic change. *Infant Mental Health Journal* 1998; 19 (3): 290-299